

Ricardo Cicerchia

# La sociedad de la cultura

Tránsitos en el largo siglo XIX



**prohistoria**  
ediciones



SEPHILA



# La sociedad de la cultura

## Tránsitos en el largo siglo XIX



# La sociedad de la cultura Tránsitos en el largo siglo XIX

Ricardo Cicerchia



**prohistoria**  
ediciones

Rosario, 2019



SEPHILA

Cicerchia, Ricardo

La sociedad de la cultura : tránsitos en el largo siglo XIX / Ricardo Cicerchia. - 1a ed . - Rosario : Prohistoria Ediciones, 2018.

172 p. ; 23 x 16 cm. - (Historia & cultura ; 14)

ISBN 978-987-4963-07-9

1. Historia. 2. Cultura. I. Título.

CDD 306.4

---

Maquetación de interiores: Lorena Blanco

Maquetación de tapa: Estudio XXII

Edición al cuidado de Carolina Piazzi

Imagen de cubierta: "Carte des Voyages Très Extraordinaires de Saturnin Farandoul pour servir à l'intelligence due Texte". Albert Robida, Paris, 1879. Albert Robida, el padre de la ilustración de ciencia ficción y uno de los escritores de ciencia ficción más importantes del siglo XIX. Gentileza: Maps of the World Inc. Inventory ID 25690

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Ricardo Cicerchia

© de esta edición:  **prohistoria**  
ediciones

Email: [admin@prohistoria.com.ar](mailto:admin@prohistoria.com.ar)

[www.prohistoria.com.ar](http://www.prohistoria.com.ar)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en MULTIGRAPHIC, Buenos Aires, Argentina, en el mes de marzo de 2019.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-4963-07-9

*A Patricia  
Mi mujer amada*

*También a ese regalo, como  
decía mi madre, tardío y celestial*





# Índice

|  |     |
|--|-----|
| PRESENTACIÓN   |     |
| La invención del siglo XIX.....  | 11  |
| CAPÍTULO I   |     |
| Alexander von Humboldt y la narrativa global.....                            | 21  |
| CAPÍTULO II  |     |
| Paisaje, acontecimiento y bitácora en la obra de William Turner.....         | 41  |
| CAPÍTULO III   |     |
| El exilio como patria en la “autobiografía” de Domingo Faustino Sarmiento... | 63  |
| CAPÍTULO IV  |     |
| Viaje fantástico para una literatura juvenil: Jules Verne .....              | 89  |
| CAPÍTULO V   |     |
| Recalculando Francis Galton .....  | 105 |
| CAPÍTULO VI  |     |
| Durkheim y la fascinación de lo social.....                                  | 129 |
| CONCLUSIONES   |     |
| Lógicas de la modernidad .....   | 143 |
| BIBLIOGRAFÍA.....  | 157 |



# PRESENTACIÓN

## La invención del siglo XIX

Los ensayos que componen este libro han sido pensados a propósito de una idea y de una pregunta. La modernidad es el resultado del despliegue de tres discursos, el político con la creación del Estado-nación; el económico con el desarrollo capitalista y el cultural con el apogeo de la ciencia y la tecnología. La pregunta fue cómo mejor representar tal régimen de historicidad. Así, las biografías culturales de algunos de los personajes liminares de este proceso fue la estrategia decidida. En una enumeración ordenada según la cronología de su obra y su repercusión entre los contemporáneos, nuestro modesto podio: Alexander von Humboldt (1769-1859), William Turner (1775-1851), Domingo Sarmiento (1811-1888), Jules Verne (1828-1905), Francis Galton (1822-1911) y Émile Durkheim (1858-1917). Es una historia predominantemente europea pero con su correlato latinoamericano, los sistemas culturales siempre han sido globales.

El largo siglo XIX (*the long nineteenth century*) es un término fijado por el historiador británico Eric Hobsbawm para referirse al periodo de 125 años comprendido entre 1789 y 1914. La época en cuestión se inaugura con la Revolución francesa y finaliza con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando definitivamente se quiebra el largo equilibrio de los discursos de poder que había caracterizado al siglo XIX. Al combinarse con procesos demográficos, la revolución industrial y las industrializaciones resultantes permitieron liberarse definitivamente, ya durante la primera mitad del siglo, de la trampa malthusiana. Un rasgo novedoso fue que la civilización europea occidental se convirtió en modelo para gran parte del resto del mundo. La misión civilizadora global emprendida fue un arma ideológica para una conquista imperial planetaria. Sus eventuales éxitos reposaban sobre dos atributos previos: la convicción de las elites del poder de esa parte del mundo y de toda clase de agentes particulares de la globalización; y la aparición en numerosas periferias de fuerzas sociales que compartían esta misma concepción. Sin embargo, Europa occidental significaba antes que nada Gran Bretaña.

Si examinamos la historia del siglo, la narrativa continúa siendo moldeada de manera sustancial por la canónica *Era de la revolución* de Eric Hobsbawm (1962), pensada a partir de la importancia histórica mundial de la “revolución dual”: la revolución industrial y la revolución democrática. Hobsbawm postuló los dos términos de esta revolución como relacionados dialécticamente. Al mismo tiempo, la doble subversión también ha proporcionado el paradigma dominante para la historia del siglo XX, visto como la historia de la lucha desigual entre el capitalismo y la democracia. Los elementos de la tesis de las revoluciones duales continúan, a

nuestro juicio, ejerciendo una influencia que opaca los desarrollos en el campo de la cultura como el otro discurso del poder.

No menos importante, el siglo XIX se ha definido como una era de secularización. Hasta mediados del siglo, este concepto designaba sobre todo transferencias del mundo eclesiástico al privado, por ejemplo las amortizaciones de tierras. Pero luego adquirió un nuevo sentido, vinculado al quebranto de la influencia religiosa sobre el pensamiento, la organización de las sociedades y la política de los Estados (Barbier, 1995). Desde la renovada historia cultural se realizaron contribuciones sustantivas sobre tales asuntos con la intención de explorar los territorios de las estrategias, la agencia y las acciones performativas. Con anterioridad, al proponerse el estudio de un todo desde el nivel del Estado-nación incorporando regiones, pueblos, hasta el nivel microhistórico, las nuevas orientaciones de la ciencia política, la economía y la sociología se apropiaron de las preguntas de la historia y la antropología a gran escala. Sin embargo, la virtud de los relatos en tal escala también son sospechosos por razones adicionales. Esencialmente porque las macro-narrativas se ven manchadas por el pensamiento de la Ilustración, y por lo tanto, casi inevitablemente eurocéntrico. Un estigma que merece una rigurosa deconstrucción epistemológica que proceda cierto retorno a los fundamentos estructurales de la vida social. Lo que tratamos de no perder de vista en el estudio de producciones y desempeños que modularon un particular sistema cultural.

La investigación sobre el encuentro cultural parece atraer cada vez más a los historiadores, en parte como una estrategia para reinventar la historia europea: formas de identidad, modernización, estilos de patriarcado, formación de clases.<sup>1</sup> La tendencia a ir más allá de lo local se incrementa en las perspectivas estructurales de la *longue durée*. No es el panorama, sino la red cultural universal que hace honor al deber democratizador de la historia de cara a sus actores. Estamos enfocando el siglo que se caracterizó por una fantástica ampliación de los horizontes de sentido y actuación. Y en el centro de la escena, el Imperio británico, el primero de carácter universal, ese nuevo emergente del decurso de la expansión europea. Esta clase de historia mundial, tiene aquí sus posibilidades, en un registro abierto que redefine lo más universal de lo local, apelando a una estrategia narrativa de cronologías tan sustantivas como sinuosas.

Entonces el despliegue de la sociedad del conocimiento de la Edad Moderna. Entre otros desarrollos, la alfabetización adquirió nuevos significados simbólicos, como expresión de progreso, civilización y cohesión nacional, al crear una comunidad imaginada cuyos miembros ciudadanos eran sobre todo letrados. La escolarización de la sociedad fue un programa europeo y norteamericano de principios del siglo XIX que, con el tiempo, se fue alzando en objetivo de la política estatal en todo el mundo. La escuela se convirtió en uno de los dispositivos más importantes de la plena estatalización de las sociedades, pero también, en una avenida del compromiso ciudadano. Hacia 1910, Gran Bretaña, los Países Bajos

---

1 Un clásico de tal problemática en Salhins (1989).

y Alemania tenían una tasa de alfabetización del 100%, Francia contaba un 87% y Bélgica con un 85%. Los pueblos, los vecindarios y las parroquias fueron cambiando sus prácticas culturales en el marco de una transición general de la oralidad a la escritura, lo que otorgó un nuevo tipo de autoridad en lo que se denominó la era letrada. Los historiadores de la lectura han estudiado con minuciosidad todo el espectro entre los dos extremos de la alta cultura y la cultura popular. Las elites recibieron de forma contradictoria dicho proceso, la emancipación cultural de las masas siempre se miró con desconfianza. Este temor de los titulares del poder y la cultura no carecía de fundamento. La alfabetización, como agente democratizador del acceso al contenido comunicativo escrito, provocaba cambios en las jerarquías de poder y prestigio y abría nuevas alternativas de atacar el orden existente. Es la sociedad de la lectura. Los periódicos, gacetas y revistas transformaron las condiciones de la comunicación, creando una comunidad de lectores ávida de información y entretenimiento. Podemos decir que la prensa diaria fue un invento europeo y estadounidense rápidamente adoptado fuera del ámbito noratlántico. Las elites de las periferias la utilizaron de manera singular aprovechando los dilemas locales y sus propios giros literarios como herramienta de socialización de sus valores y paradigmas lo que confirma que entre los rasgos distintivos de la prensa escrita del siglo XIX figura el carácter globalizado de sus líneas editoriales.

El siglo XIX ya no es un recuerdo vivaz, su presencia depende de una rigurosa imaginaria y de sus vestigios, hoy por hoy tan potentes en el campo de la indagación, la alteridad y las instituciones. El libro que presentamos se organiza en seis de sus más relevantes figuras, notadas en segmentos de sus trayectorias de vida. La vista panorámica abandona gradualmente este territorio y se dirige hacia un análisis resueltamente selectivo de performances concretas de un abanico representacional que entiendo sostienen los argumentos más generales. Pienso el siglo como espectáculo donde la cultura domina, circula y es consumida. Surgieron en todos los continentes bibliotecas nacionales que seguían el modelo británico, asociadas a academias científicas y con libre acceso. Las más prestigiosas se caracterizaron por su ambición de universalidad garantizada por una floreciente industria editorial y un fluido mercado anticuario. Templos del saber, comenzaron a ser guardianes de la *Encyclopaedia Britannica* (desde 1771), los *Konversations-Lexicon* de las casas Brockhaus (desde 1796) y Meyer (desde 1840), atesorando e irradiando la fértil tradición enciclopédica de la Edad Moderna. También reconocemos en la disposición y los programas del siglo XIX prácticamente toda la tipología de los museos públicos contemporáneos: colecciones artísticas, etnográficas, de ciencia y técnica. En paralelo, las exposiciones universales fueron una novedad del siglo, una minuciosa taxonomía del mundo de los objetos, disgregado en catálogos, géneros y especies. Allí se ensamblaban en un repertorio común (revulsivo de las clasificaciones de la antigua historia natural) la industria, la cultura y la naturaleza.<sup>2</sup>

2 Sobre el orden de los artefactos culturales y la historia de las exposiciones universales véase Cicerchia (2016).

Época donde los europeos produjeron una importante cantidad de material de análisis de las sociedades. Se abrieron campos, nuevos géneros, entre ellos el realismo literario y la investigación empírica. Se dirigió la atención hacia las condiciones de vida, los grupos sociales y las dinámicas económicas, demográficas y culturales del siglo. Fueron, sin embargo, los libros de viajes la fuente ineluctable de conocimiento del mundo. A contracorriente, el grupo más numeroso de viajeros que recorrieron Europa fue el de los americanos de Iberoamérica y Norteamérica. *Grand tour* en busca de las raíces de su propia cultura o de modelos de progreso, arropados con la firme convicción de emanar de un mundo más joven y potencialmente mejor. El testimonio del valor de dicho género se dio principalmente en el campo de la cartografía. La medición y la transposición cartográfica de toda la superficie terrestre y marítima del planeta fue uno de los grandes proyectos colectivos de la ciencia moderna, estrechamente relacionado con el proyecto marítimo universal de los europeos, que contaron, en muchas ocasiones, con la ayuda inestimable de los no europeos que participaron informando, produciendo material, auxiliando o cooperando como verdaderos socios científicos. Entre todas sus acepciones, el espacio es interpretado como arena de contacto, como una historia de interacciones, y el Atlántico, el espacio de interacción marítima de mayor densidad. El humanitarismo que, a partir de fines del siglo XVIII, llevó a la creación de las primeras asociaciones de inspiración antiesclavista, no procedió de la filosofía, sino de otras dos fuentes: la renovación del pensamiento cristiano sobre la fraternidad humana; y un nuevo patriotismo que entendió la superioridad eurocéntrica como faro moral y legal del mundo.

Las ciencias sociales, surgidas en el propio siglo XIX, crearon un dispositivo de estudio promisorio. Por la orientación teórica de sus análisis, fueron más allá de la observación empírica, en la observación de los procesos sociales. Entonces, dos disciplinas toman la iniciativa: la economía y la sociología. En Gran Bretaña, el nacimiento en 1895 de la London School of Economics and Political Science, marcó el paso hacia un estudio social que integraba tanto la teoría como el estudio de casos. La sociología, fundada por Auguste Comte y Herbert Spencer, se forjaba como una disciplina teórica, aunque manteniéndose cerca de la historia e incorporando hacia finales de siglo el campo del estudio social empírico, hasta entonces hegemonizado por las burocracias de las instituciones estatales. En las décadas de 1830 y 1840, en sintonía con este afán modélico, el entusiasmo por la estadística hizo posible visibilizar aspectos que habían quedado velados. Así fue posible dimensionar la cuestión social en torno a los niveles de pobreza, algo que dejaba de ser abstracto y que demandó un genuino compromiso moral. Así los registros censales se convirtieron en un asunto público de observación estadística y ética del desempeño social y la difusión de la medición mecánica del tiempo fue uno de los factores que favoreció cuantificar y consolidar los procesos laborales.

Como legado de la revolución industrial, merece un capítulo central el mundo de los transportes de las personas, los bienes y las noticias liberándose de los lími-

tes biomecánicos. Este cambio se debió a causas meramente tecnológicas: el uso generalizado de las máquinas de vapor (1705). El desarrollo del ferrocarril y la navegación ofrecieron la experiencia física de la aceleración del viaje y la comunicación como una consecuencia directa de las nuevas posibilidades técnicas. El siglo aprendió a tomar imágenes de la realidad natural y cultural, por medio de diversas técnicas, desde la acuarela y los grabados hasta aquellas que utilizaron procedimientos químicos y ópticos. Llamamos a este proceso una conciencia visualista, de un tipo de representación documental que se reconocía como genuina. El punto de inflexión fue la invención de la fotografía y más tardíamente el cine (imágenes en movimiento) en 1895. Entre los atributos del efecto fotográfico existe la percepción de que instalaba cierto equilibrio neutral produciendo en apariencia un efecto menos exótico que la pluma o el pincel. Una afirmación que desconoce toda la virtualidad del dibujo *in situ* y el talento de grandes humanistas.

La idea mística de que un único *Zeitgeist* o espíritu de la época se expresa en todas las manifestaciones vitales de una época, los regímenes de historicidad se hallan ante el inconveniente de la diversidad temporal de los ámbitos culturales.<sup>3</sup> Para el caso latinoamericano, relativos consensos nos permiten seguir las direcciones históricas que comienzan con el levantamiento de Túpac Amaru en los Andes surandinos hasta las postrimerías de la Revolución Mexicana. En el recorrido identificamos dos grandes hitos: las guerras por la independencia y los procesos de formación del Estado-nación. Sin duda, este largo siglo XIX enmarca las tendencias modernizantes de la región con una bisagra temporal, la década de 1880. Entrelazados entonces los circuitos regionales y nacionales con aquellos de carácter global como manifestaciones de un progreso civilizatorio con actores mundiales. Tulio Halperin Donghi nos advertía sobre las dificultades que afrontaba la América ibérica para incorporarse con éxito a las complejas transformaciones económicas, sociales y políticas que tenían su foco en el Atlántico norte. Ello nos llevaba a abordar la problemática, que sería luego encarada bajo el rótulo de la brecha, con un espíritu crítico. En un sentido, dichos dilemas que afronta Hispanoamérica, lejos de serle exclusivos, los comparte. Serían los ensayos políticos que en el Viejo Mundo han intentado acercarse a la realización de los objetivos del ideal ilustrado los que pueden ofrecer las enseñanzas tanto positivas como negativas que necesita el espacio latinoamericano para encontrar su rumbo. En la arenga de Simón Bolívar, la perfectibilidad definitiva de la razón.

En América Latina, el Estado surgió como expresión de la unidad en la diversidad. Los múltiples procesos pre y post independentistas organizaron el territorio, la población y los poderes públicos según las influencias de distintos patrones externos. Su institucionalización en los ensayos constitucionalistas de las décadas de 1850 y 1860, conformaron un proyecto que las elites consolidaron hacia 1880, constituyendo órdenes centralistas, de poderes omnímodos y disciplinamiento so-

3 A propósito de las cronologías del largo siglo XIX ver el texto laureado de Osterhammel (2008).

cial. Así se despliega el proceso de modernización de la región. En su matriz, el llamado liberalismo que construyó y conformó nuestros estados sobre las banderas de la “descolonización” sin revolución social.

Lo más importante de este laboratorio es la incidencia que esa circulación de intercambios forjó en un nosotros, con las asimetrías ya conocidas y padecidas. Sabemos que entre 1820 y 1913, se abrió una profunda brecha entre el estándar de vida material de los países más pobres y las zonas más ricas del mundo. En 1820, la diferencia era del triple o quizá el cuádruple; sin embargo, en 1913, las zonas centrales llegaron a octuplicar la riqueza de los países periféricos.

Confianza en las nuevas formas, los nuevos sentidos, imaginario que quiebra cierta regularidad de la supuesta legalidad cultural que ofrecía hasta entonces el eurocentrismo. La celebración de poder imaginar, ensayar, producir, opinar y participar en las gramáticas sociales desde un lugar más dinámico, riguroso y tan poderoso como el que se formula desde la política y la economía. La idea del punto de vista y del vínculo es un elemento central del remozado pensamiento científico centrado en trabajo sobre el espacio. Es su relación con la comunidad lo que funda lo real como un relato de la humanidad.

En este libro se presenta un continuo temporal preciso. Las trayectorias aludidas se puedan presentar narrativamente como pasajes, transiciones y transformaciones. Cada una de ellas muestra cierta estructura temporal y espacial, ritmos y secuencias propias, que no impiden hablar de un conjunto de lo que podríamos llamar el orden de un tiempo mundial en ese largo siglo XIX.

El primer capítulo, dedicado a Humboldt, remarca su vocación de geógrafo alejado definitivamente del esquematismo de la geografía de compendio y el inventario cuantificado como se ejercía sobre todo en Alemania en el siglo XVIII, en la búsqueda de nuevas entidades para la interpretación cartográfica. Como Carl Ritter, la otra eminencia en la materia, desconoció esa tradición por la obsesión por los estados como unidades basales, cuestionó las taxonomías que de ello derivaban y objetó la falta de conexión entre los sumarios recopilados en los antiguos manuales. Proyectó una nueva división de la superficie terrestre atendiendo a criterios ambientales. En vez de reinos clasificados estadísticamente sobre la superficie terrestre, nos habló de países y paisajes definidos por sus complejas fisonomías. Humboldt sublima el montaje de la medición, el diario, la colección y la estética narrativa, inventando la estrategia de refundación total del proceso de contacto y hegemonía cultural universales. Un modelo de tratamiento estético de las entidades de la historia natural y la conciencia humanista se conforman en su performance para solaparse, alternarse y confundirse. Y su campo de experimentación fue, sin duda, su periplo americano.

El pintor de la luz, William Turner, es el protagonista de nuestro segundo episodio. Su arte mostró un desenvolvimiento visible tanto en su estilo como en sus modelos. Aunque su enfoque inicial fue en el género del paisaje, a medida que avanzaba su carrera comenzó a prestar menos atención a los detalles de los objetos



y el paisaje para apasionarse con los efectos de la luz y el color. Se fascinó cada vez más con elementos naturales y atmosféricos. Observador genial y registrador de las cosas en su mundo, nos interesó su mirada sobre el mundo industrial, lo más descuidado de la historia del arte, que reconfigura definitivamente aquellos suaves atardeceres de su juventud. Entre sus deslumbramientos, el tren: velocidad, hierro y vapor. Ninguna otra innovación en las infraestructuras supuso un corte tan profundo en la organización de la vida cotidiana, y así lo registraría como testigo de su tiempo. Sin dudas, Turner fue una de las voces más lúcidas de la *railway-mánias* de la primera mitad del siglo XIX.

La historia política y la crítica literaria han dado cuenta, en ocasiones magistralmente, de las trayectorias y producciones de las elites argentinas decimonónicas. Menos ejercidas fueron otras perspectivas de análisis. Solo recientemente, la historia cultural ha intentado una aproximación a dicha temática, organizando un objeto de estudio propio. El Capítulo III coloca a Domingo Sarmiento como uno de los más encumbrados miembros de ese grupo intelectual, visionario y de acción. Las diversas diásporas se diferencian entre sí por la singularidad de su experiencia histórica. Sus trabajos de índole cívica se ubican en el molde ensayístico y polemista de las grandes plumas de mediados del siglo XIX. Sus obras estuvieron no solo infundidas por el repertorio y sonoridades del romanticismo, sino también por las fórmulas del exilio y el viaje. Cuando la atmósfera chilena se le hizo momentáneamente irrespirable, fue el presidente Manuel Montt quien se aseguró de que una misión de estudio de las instituciones de enseñanza elemental en Europa y los Estados Unidos le ofreciera una salida para una situación que parecía no admitirla. Uno de los frutos de esa misión, trascurrída entre 1847 y 1849, fue la publicación, en ese último año y en 1851, de dos volúmenes en que narraba sus impresiones. Los relatos de viaje son omnipresentes en la obra de Sarmiento, y en mi opinión, por algunos equívocos en el caso del sanjuanino, cuyo epistolario por su periplo internacional fue tan expresivo como la modesta libreta de sus estipendios diarios. Proponemos entonces un intento de resignificación de secciones fundamentales de aquel texto.

Jules Verne, nuestro Capítulo IV, es un universo inagotable, un sentido de la realidad tan vasto y perturbador. Entre sus sagas, el descenso a las profundidades del volcán Sneffels, o la entonces utopía de hacer blanco en la Luna, o una travesía por Siberia como correos del zar... Con la revolución de 1848, Verne adquirió conciencia política adoptando una actitud de orientación republicana colmada de romanticismo muy propio de la tradición revolucionaria, reflejándola a través de sus simpatías por las luchas de liberación de las naciones europeas y por un exotismo humanista. Publicó varias obras de teatro, libretos y artículos periodísticos, además de acumular una gran cantidad de datos producidos por la ciencia. Recién a los treinta y cuatro años de edad logra llevar a cabo su idea de presentar los avances técnico-científicos en forma de novelas. Pierre-Jules Hetzel, prestigioso editor, le propuso firmar un contrato en el cual Verne debía comprometerse a escribir tres

novelas por año por veinte años. Surgieron, como resultado: *Viaje al Centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), y otras obras como *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), *La casa de vapor* (1880) y *Dueño del mundo* (1904). Estas son tal vez las más conocidas de las sesenta y cuatro grandes obras que forman los Viajes Extraordinarios. De su enorme labor, de imaginación desbordante, nos interesa su anticipación científica y espíritu aventurero, tan bien condensados en su imaginario africano. Pieza clave de la literatura del siglo XIX, sus novelas superaron el centenar y marcaron, junto con el desempeño de Hetzel, el florecimiento de la moderna industria editorial.

Al hablar de conocimiento nos referimos a los recursos cognitivos que, en el mundo real, sirven para resolver problemas y dominar situaciones vitales que bien se corresponden con el siglo XIX. El nacimiento de la moderna sociedad del conocimiento se ha situado en un largo periodo de la Edad Moderna hasta la década de 1820. Los cien años subsiguientes le dieron continuidad, provino su expansión, institucionalización, e incluso los primeros pasos de la globalización. Surgió entonces una interpretación racionalista e instrumental del saber: favorecer el control de la naturaleza, aumentar la riqueza de sociedades enteras por medio de la técnica, liberar de teologías las concepciones del mundo y, en todos los sentidos posibles, resultar útil y accesible. La multiplicación y el perfeccionamiento del saber ponían de relieve mejor que ningún otro criterio el progreso que, a juicio de las elites europeas, caracterizaba este tiempo. En el clima de época en el que vivió Francis Galton apenas se empezaba a comprender que los estilos de vida contienen una serie de genes que les dan forma, o al menos una parte de ellas, pasan a su descendencia, instituyendo los rasgos básicos de su biología. Hacia finales del siglo XIX, los gobiernos empezaron a interesarse más que nunca por la ciencia; la política científica se desarrolló como un nuevo sector de la actividad estatal sistemática. Por otro lado, se entendía que la educación y la influencia del entorno tienen una incidencia en quiénes somos y cómo nos comportamos, y que esta incidencia ya tiene efecto en nuestras primeras semanas de vida, confundándose con las primeras formas de expresión de nuestros genes. Sin embargo, la trayectoria de Galton nos obliga a una revisión más completa de sus contribuciones al pensamiento científico. Así, el Capítulo V es una perspectiva que fiscaliza en clave cultural tramos de su faena como secretario de la British Association for the Advancement of Science de 1863 a 1867, y director de la revista *Biométrie* desde 1901.

En el siglo XIX, coexistió una diversidad de reglas de jerarquización que se diferenciaban entre sí por las relaciones de propiedad y los ideales dominantes del ascenso social. Resultaba más que dificultoso establecer una clasificación clara de las estructuras sociales. En este punto es donde la historia social universal empieza a resultar interesante. En nuestro Capítulo VI, capítulo final, abordamos el pensamiento de Émile Durkheim considerado el padre de la sociología francesa y, en gran medida, el fundador de la sociología científica, al transformar profundamente

el positivismo de Auguste Comte y rechazar al mismo tiempo toda tendencia hacia el naturalismo. Profundizando la tesis sobre la especificidad de lo social abre el espacio definitivo para la investigación de las leyes generales del desarrollo de la sociedad. Sus estudios analizan clases y estratos sociales, morfologías familiares y relaciones de género, estilos de vida, roles e identidades, conflictos y violencia, redes y sentidos simbólicos colectivos. Este periodo, en particular a partir de la segunda mitad de siglo, fue una época de urbanización muy intensa marcado por el ascenso de las ciudades portuarias marítimas. Ninguna otra época había vivido tal condensación espacial de la vida social y el crecimiento de la población urbana se aceleró. Los ideales urbanos y los estilos constructivos interactuaban entre sí. Los estilos se podían imitar fácilmente, no así el carácter conjunto de la ciudad, ese espíritu de un urbanismo culturalmente específico que en el siglo XIX se movía entre el eclecticismo y la búsqueda de cierta afectación cultural. La ciudad fue vista como un cosmos social propio y, al mismo tiempo, como espejo de su medio social. La sociabilidad urbana pasó a ser la forma de vida dominante, tanto en lo económico como en lo cultural, y con ella los nuevos desafíos sobre el orden social. De su monumental aporte teórico, recortaremos de la obra de Durkheim su análisis del proceso de urbanización y de las transformaciones de las formas familiares como hecho social.

Por cierto, como corresponde, el libro cierra con una serie de consideraciones, conclusiones parciales, relativas que conllevan a reconocer –o no– la fortaleza de una lectura cultural de procesos históricos globales a través de algunas de las voces fundacionales (hijos de su tiempo) de la modernidad. El corolario del descubrimiento de esta pluralidad, que aparece más relevante desde una perspectiva cultural, es que las experiencias acumuladas durante este largo siglo XIX, indican que las fronteras trazadas entre periferia y centro del mundo no resultan infranqueables. Es obligación aclarar que tal vez se trate de una reclusión en un refugio mítico, lugar de combate contra esa otra-nuestra sociedad del espectáculo. Una especie de isla de edición, donde como un alquimista mezclo personajes, imágenes, relatos y eventualmente las solidarizo con un devenir leído desde mi disciplina, *collage* sorprendente y muchas veces violento de autenticidad y verosimilitud anunciadas en sucesivos fragmentos.

